

Ignacio Aldecoa 1995: 343.

Don Matías fue un testigo imparcial, porque tanto le dolía la reprobable conducta de la madre como la culpable inconsciencia de la hija. Pero don Matías no llegó a ser jurado porque nadie le pidió su opinión y tampoco alcanzó los laureles del heroísmo más abnegado porque huyó siempre que pudo del campo de batalla. Mas don Matías estuvo durante las dos semanas al borde del mareo, de la náusea y de la deserción definitiva de sus deberes de padre de familia, mal avenida, pero familia al fin. A don Matías Cerro el sastre acabó de marearlo y confundirlo. Doña Leonor le había comunicado que a la boda asistiría de chaqué. Don Matías no hizo la menor tentativa de rebelión. Pensó que si su mujer había dicho chaqué, iría de chaqué. No entendía de tales pompas y vanidades. Sospechaba su aire carnavalesco. Escribió una carta a José María, ausente desde hacía una temporada por cuestiones de negocios, en un tono que, queriendo ser alegre y despreocupado, resultaba de amargo y desesperado humorismo. "Voy a ir de chaqué - decía-. Si me ordenan que de monosabio, pues de monosabio, con tal que me dejen en paz... Tras de lo que ha ocurrido y hemos propalado a través de tabiques y patios de vecindad con estúpidas discusiones, no creo que sea lo más a propósito, pero las mujeres de esta casa son así."

El sastre de don Matías no era un sastre de la antigua usanza. Más bien se encontraba con que la Providencia le había concedido un alma de artista sensible y pundonorosa. Don Matías prefería un sencillo sastre, que de vez en vez se equivocaba y le hacía el bolsillo superior de la chaqueta debajo de la axila, a aquel verdugo, para quien él no era otra cosa que un motivo para la creación y, también, una brizna sin importancia, que a un soplido, una voz, giraba y adoptaba posiciones raras.